

ría respeto si fuera lógica y consecuente; pero a renglón seguido de pedir la supresión de los Jefes Políticos como medio de vigorizar el régimen municipal, piden la centralización de la enseñanza. Cabe, pues, preguntar ¿qué criterio anima a esos señores? ¿qué ideal persiguen? ¿a dónde van, como dijo el otro?

“¿Van al socialismo? donde parece los encamina su deseo de romper toda relación entre el Poder ejecutivo y los Municipios? ¿O van al centralismo, comenzando por la educación, base de toda función cívica? Porque si van a educar a la niñez bajo un régimen centralista, no es probable que inculquen en esos niños que la idea contraria es la buena; y parece menos probable aún, que un niño a quien desde su más tierna infancia se arranca de la tutela municipal para entregarlo por completo al Ministerio de Instrucción Pública, se convenza, al ser hombre, de la necesidad de vigorizar ese régimen municipal, a menos que la idea que persigan sea la de acabar de desprestigiar al Ministro y concluir de una vez con esa gestión que tan nociva es para el País. Si allá van, si eso se proponen, habrá algo que agradecerles.

“Las dos ideas nuevas que contiene el proyecto del programa del Partido, acusan un criterio antagónico, síntoma de la anarquía política que allí reina. En tales condiciones, ¿qué puede esperarse de esos señores? Nada, discursos con frases más o menos bonitas, mucha música, mucho bombo, pero prácticamente, la Patria, por desgracia, no puede tener ninguna fe en esa agrupación, falta de hombres y de criterios políticos.

CAPITULO XVI.

EL GENERAL DON BERNARDO REYES

El General Díaz nunca tuvo la intención de abandonar el Poder. La entrevista Creelman no fué más que un auto-bombo; un medio de que se valió para pulsar a sus amigos y partidarios, y al mismo tiempo presentarse, hipócritamente, como compelido a aceptar una nueva reelección. Pero la entrevista no causó el efecto que él esperaba, sino el contrario, y para borrar la impresión causada y poder efectuar su reelección sin hacer uso de la fuerza, a la que sólo recurría en último extremo, buscó la manera de distraer la atención pública del problema electoral.

Dos acontecimientos le sirvieron para su propósito. La entrevista con el Presidente de los Estados Unidos de América, Mr. Taft, en las ciudades de Juárez y El Paso, y la celebración del centenario de la proclamación de la Independencia Mexicana.

Para los dos acontecimientos hizo preparar grandes fiestas. Con ellas creyó, erróneamente, el General Díaz, que la atención pública no haría caso de la cuestión electoral y que su séptima reelección se consumaría sin obstáculos ni contratiempos.

Pronto notó el General Díaz que las próximas festividades no desviaban la atención del público del problema electoral y en seguida, sin descuidar las festividades proyectadas, comenzó a insinuar la conveniencia de que

se rechazara públicamente la idea de que abandonara el Poder. Los amigos comenzaron la campaña que culminó con la fundación del Club Reelectionista, cuyo origen explicaré en los dos capítulos que siguen. Todos nos prestamos a la maniobra: unos por convicción, esto es, porque nos aterraba el fantasma de la revuelta que juzgábamos difícil dominar después; otros por disciplina, esto es, porque estando íntimamente ligados en la cuestión política, no podían romper con sus amigos de muchos años; otros por resignación, esto es, porque creían que la opinión pública no respondería a ningún llamado contra la autoridad existente; y muchos por conveniencia.

Informados por nuestros amigos de las intenciones del Presidente y solicitado nuestro concurso, el primer movimiento fué de romper con el General Díaz, cosa que pregonábamos algunos como indispensable y forzosa, si no queríamos naufragar en la opinión pública. Se nos hizo ver que la ruptura con el General Díaz llevaría al País a una nueva dictadura militar, pues el Presidente no abandonaría el poder, sino que para conservarlo, se entregaría en manos de don Bernardo Reyes o de su sobrino don Félix Díaz, ambos soldados que nos someterían a un despotismo peor que el de don Porfirio. Entonces no tendríamos más recurso que lanzarnos a la revolución, y esta ocasionaría la intervención americana, lo que nos daría un papel odioso en la historia.

Además, dada la edad del General Díaz—80 años—hacía probable que al comenzar el período dejara el poder y cayendo este en manos de un civil, como el señor Corral, era posible cambiar las condiciones políticas del País. Lo esencial, pues, era que la Vicepresidencia no fuera a recaer en un militar.

Aceptamos someternos y ayudar a la nueva reelec-

ción, que contaría con el apoyo de los elementos más valiosos del País.

En el Club Reelectionista figuraron los científicos más connotados, los católicos más fervientes, los ricos de todos los matices, y hasta parientes cercanos del candidato anti-reelectionista.

Los reyistas, que formaban el verdadero núcleo del Partido Democrático, también apoyaron la reelección de don Porfirio Díaz, atacando la de don Ramón Corral para la Vicepresidencia. Como si la reelección de uno no implicara la del otro; sobre todo, cuando no habiendo funcionado el último, no había motivo para descartarlo, teniendo en cuenta, principalmente, que su conducta como Vicepresidente, había sido completamente correcta y así lo reconocían todos.

El General don Bernardo Reyes, siempre ansioso de halagar al General Díaz, para así afianzar su posición política, fué el primero que, siguiendo las indicaciones del Presidente, objetó la idea de que el General Díaz abandonara el Poder, y para ello hizo publicar sus opiniones en forma de entrevista con don Heriberto Barrón.

Don Bernardo Reyes en dicho documento hace la paráfrasis de la famosa entrevista Creelman, así es que publicando la del General Reyes es inútil publicar la otra. Doy íntegra, pues, la del General Reyes con don Heriberto Barrón.

Después de muchos elogios para el Gobernador de Nuevo León, la entrevista dice así: (1)

(1)—El texto autorizado de esta entrevista fué publicado en "El Imparcial" de 4 de Agosto de 1908, y allí consta la autenticidad de dicha entrevista.

“El señor Barrón.—Mi General, dije, iniciando la conversación, hay momentos supremos en que los pueblos necesitan oír la voz de sus estadistas de más valor, lo cual sirve, a no dudarlo, para encauzar la opinión pública que tanto influye en el destino de las naciones. Se aproxima en México, rápidamente, un nuevo período electoral y el señor Presidente de la República hizo, con este motivo, importantísimas declaraciones al periodista americano Mr. Creelman, que éste publicó en el *Pearson's Magazine*, habiendo sido traducidas y dadas a conocer en casi todos los periódicos de este País. Entre tales declaraciones consta la de que el señor General Díaz está resuelto a abandonar el Poder, al terminar el actual período presidencial. Siendo usted uno de los gobernantes y de los militares que gozan de gran prestigio, creo que sería de suma importancia conocer su modo de sentir en este punto y otros de los que abarca la entrevista del citado periodista americano, con el más sabio y encumbrado de nuestros estadistas.

—Usted sabe, me contestó el General Reyes, qué poco afecto soy a que se discutan mis opiniones y persona en la prensa, sin un objeto serio y motivado. Mis labores, como Gobernador de Nuevo León, absorben todo mi tiempo, y no me dedico a otra cosa que a desempeñar, con el mayor acierto que me es posible, el cargo que se me tiene encomendado, mirando en todo, como cumple a mi deber por el bien y prosperidad del Estado. Mis conexiones con la política general, tan hábilmente conducida por el señor General Díaz, se reducen, pues, a aquello que se relaciona estrictamente con el Gobierno de mi cargo, y nunca salgo de esa norma de conducta. Esto no obstante, como me intereso en lo que pueda afectar el porvenir de la Nación, ha sido motivo de hondas reflexio-

nes para mí el punto que usted trata, y procuraré satisfacer, en lo que me sea dable, el deseo que me expresa, comunicándole mis impresiones personales a ese respecto; pues por poco valor que ellas tengan, como emanadas de mi personalidad, unidas a las demás, formarán la corriente que ha de impulsar el desenvolvimiento en la cuestión electoral que tenemos en perspectiva.

“Leí con detenimiento cuanto se refiere a la entrevista del señor Presidente con Mr. Creelman ¿qué mexicano atento al bien del País no lo ha hecho? y he podido apreciar la gran importancia de las declaraciones atribuidas al señor General Díaz.

“Entre ellas consta la siguiente, que por su trascendencia es la que ha llamado más la atención pública, y se discute en la actualidad por algunos órganos de la prensa.

“Cuando mi actual período termine, me retiraré de la Presidencia, cualesquiera que sean las razones que mis amigos y partidarios aduzcan en contra, y no volveré a servir ese cargo. Cuando esto suceda, tendré ochenta años de edad.”

—Un sentimiento de delicadeza, manifestado ya en otras ocasiones, es indudablemente el que ha impelido al Presidente a hacer esta declaración. Un hombre de sus tamaños, sobre el cual están fijadas las miradas del mundo entero, desea, y tal deseo es muy natural, que no se le considere como un obstáculo para el progreso de nuestra naciente democracia. En el extranjero, donde las condiciones de nuestra vida íntima como Nación, no son perfectamente conocidas en sus poridades íntimas, pudiera creerse que la continuación en el Poder del señor General Díaz, era un óbice al desarrollo de la democracia de una República, que, al estar ya bien cons-

tituida, exigirá la continuada y pacífica trasmisión del Poder, de una a otra personalidad.

Tal es el principio, y él regirá entre nosotros con regularidad, en época quizás no muy lejana. Pero ahora, el bienestar de México requiere aún la permanencia del señor General Díaz en la Presidencia, y ese es, en mi concepto, el sentir unánime de la Nación, en todo aquello que tiene de valer, en el campo de los negocios y de la política. No es la edad la que puede obligar al Presidente a retirarse, gozando como goza aún de extraordinario vigor intelectual y físico y de una salud envidiable. Así lo reconoce él mismo, según expone Mr. Creelman, cuando pone en su boca, en otro pasaje de la entrevista, las siguientes frases:

“A la edad de 77 años estoy satisfecho con mi robusta salud. Este es un bien que ni la ley ni la fuerza pueden crear.”

—No es tampoco un sentimiento de egoísmo el que pudiera orillarle a adoptar tan grave resolución. Acostumbrado desde sus más tiernos años a sacrificar a su Patria todas sus energías, a trabajar sin descanso, la enorme labor que sobre sus hombros pesa, la desempeña con relativa facilidad, habiéndola metodizado de una manera bellísima; y esa abrumadora suma de trabajo, que mataría a otro hombre menos fuerte, es ya para él un hábito, y fuente más bien de salud y bienestar, que de decaimiento y cansancio.

“Podré dejar la Presidencia de México, ha dicho el General Díaz; pero no podré dejar de servir a mi Patria, mientras viva.”

—¿Y cómo, pregunto yo, podrá mejor servir a su Patria, que dirigiéndola de una manera efectiva, como su Primer Magistrado, si posee aún las aptitudes conve-

nientes para dar, con mano maestra, los últimos toques a su obra, para que perdure indestructible y fuerte?

—Menos aún debemos suponer en el General Díaz, falta de acatamiento a la opinión pública, cuando en la tan comentada conferencia Creelman ha dicho:

“No puedo ver una razón convincente, por la que el Presidente Roosevelt no fuera electo de nuevo, si la mayoría del pueblo americano desea que continúe en la Presidencia.....”

“No cabe la menor duda de que Mr. Roosevelt es un hombre fuerte, puro, un patriota que comprende y ama a su País. El temor americano por un tercer período, me parece sin fundamento. No puede haber cuestión de principios en esta materia. Si la mayoría del pueblo de los Estados Unidos aprueba su política, y desea que continúe su obra. Este es el punto de real y vital importancia: si la mayoría del pueblo lo necesita y desea que continúe en la Presidencia.”

—Tales son los principios del señor General Díaz aplicables a una nación extraña. ¿Podrán estos variar, tratándose del bienestar de nuestra propia Patria?

—Algunos de los periódicos que discuten la cuestión presidencial, han dejado inadvertidos estos pasajes que acabo de citar, de la entrevista del señor Presidente con Mr. Creelman, y se han referido solamente a su deseo expresado de retirarse de la Presidencia.

—El señor General Díaz no sería, pues, inconsecuente con sus propios principios y opiniones, aceptando un nuevo período presidencial.

—Tomando sus propias frases, de gran sabiduría y peso, aplicables a nuestra Patria, yo diría:

“No puedo ver una razón convincente, por la que el Presidente Díaz no fuera reelecto de nuevo, si la ma-

yoría del pueblo mexicano desea que continúe en la Presidencia. No cabe duda de que el General Díaz es un hombre fuerte, puro, un patriota que comprende y ama a su País. Su propósito de retirarse del Poder, me parece sin fundamento. No puede haber cuestión de principios en esta materia, si la mayoría del pueblo mexicano aprueba su política y desea que continúe su obra. Este es el punto real y de vital importancia: si la mayoría del pueblo lo necesita y desea que continúe en la Presidencia."

—He expresado esto, tratándose de tomar las mismas palabras atribuidas al General Díaz, por el periodista americano Mr. Creelman, que por lo que toca al caso exclusivo de la reelección presidencial en México, veo que, estimándola como una necesidad la Nación entera, el heroico salvador de la misma, que le ha dado la paz, prosperidad y grandeza, no sería quien se negaría a atender el voto unánime del pueblo, porque se sentiría, por sus propias convicciones, por su amor a ese pueblo, y por respeto a los sinceros votos de éste, obligado a atender semejante sufragio, por lo demás, de carácter eminentemente democrático.

—Y debemos convenir en que, en este caso, no es la mayoría, sino la Nación entera, la que necesita al General Díaz y desea que continúe en la Presidencia, para que complete su titánica obra.

—La opinión se ha manifestado ya en este sentido, en los principales y más sensatos órganos de la prensa periódica; ha penetrado en la masa y no tardará en presentarse arrolladora y terminante ante el señor General Díaz, quien, estoy seguro, cual he dicho, que obedecerá la voz de su acendrado patriotismo, y aceptará nueva-

mente el sacrificio de su tranquilidad, en bien de su Patria.

—Por otra parte, y a medida que la edad del Presidente avance más, está en aptitud de tomar períodos de descanso, como lo crea conveniente a su salud. El establecimiento de la Vicepresidencia satisface entre otros, ese objeto, siendo el principal, el de asegurar la ordenada y pacífica sucesión del Poder, por lo cual en lo referente estamos a salvo también de dificultades, en el futuro evento, por todos temido, de que el General Díaz rinda su último tributo a la naturaleza.

—Hay consideraciones de orden diverso, que fundan, en mi entender, la necesidad de que el General Díaz sea reelecto para un nuevo período.

—En condiciones enteramente distintas a las de la Nación vecina del Norte, surgió la nuestra a la vida independiente. La dominación absoluta de la monarquía española, durante 300 años, impidió que se desarrollara en México, todo germen de democracia: y cuando a impulsos de un movimiento incontrastable, propio de una colonia vigorosa, México rompió los vínculos que la unían a España, las instituciones republicanas eran para ella algo como un vago y hermoso sueño que, para realizarse, habría de encontrar formidables obstáculos, siendo el principal, el estado de incapacidad de la gran masa popular, que de hecho, había permanecido por tres centurias en la servidumbre y en la ignorancia.

—Partiendo de semejantes antecedentes, natural debe considerarse la conflagración de nuestras luchas intestinas, cuyo objeto era acabar con un régimen profundamente enraizado en nuestra vida social, e implantar uno nuevo y desconocido; objetivo que solía extraviar el cúmulo de ambiciones y de personales intereses que se

mezclaron en aquellas luchas, hasta llegar a significar ellas una verdadera anarquía.

—Cuarenta años, brevísimo instante en la vida de una nación, eran notoriamente insuficientes para realizar tan magna transformación; y de ahí que, cuando el General Díaz llegó al Poder, tras de la uniformidad de miras que determinaron nuestras guerras contra la intervención y el imperio, no obstante los heroicos empeños del preclaro Juárez, el problema estaba en pie.

—De ahí también que el Gral. Díaz, con esa clarividencia que todos le reconocemos, trató en el acto de la conveniencia de desarrollar los inmensos y ricos recursos naturales de nuestro suelo; la necesidad de crear, desde luego, riquezas y hábitos de trabajo, que sólo se adquieren al amparo de la paz, para favorecer, cumplido este primer punto de su programa, la evolución política, lenta y educativa, que nos condujera a la verdadera democracia, a la real y efectiva República Federativa, conservando entretanto la forma y dirigiéndonos al ideal a que nos iríamos acercando gradualmente, sin sacudidas violentas ni alteraciones del orden público.

“Hemos preservado —ha dicho el General Díaz— la forma de gobierno republicano y democrático. Hemos defendido y conservado intacta la teoría, pero adoptando una política patriarcal, en la actual administración de los negocios de la Nación, guiando y restringiendo las tendencias populares con una fe plena en que una paz forzosa harían a la educación, la industria y el comercio, desarrollar elementos de estabilidad y unidad en un pueblo naturalmente inteligente, suave y sentimental.”

“Hemos sido severos. Algunas veces severos hasta llegar a la crueldad; pero ha sido necesario obrar así,

por la vida y progreso de la Nación. Si ha habido crueldad, los resultados la han justificado.”

“Ha sido mejor derramar poca sangre para salvar mucha. La sangre derramada ha sido sangre mala, y buena y generosa la salvada.”

“La Paz, aún una paz forzada, era necesaria para que la Nación tuviera tiempo de trabajar y reflexionar. La educación y la industria, han completado la tarea comenzada por el Ejército.”

—Bajo tales principios, la primera parte del programa del gobierno del General Díaz, ha sido brillantemente cumplida. La evolución meramente social, está completa. México, con sus escuelas, sus ferrocarriles, sus minas, sus fábricas, su comercio, su agricultura, sus telégrafos; la enorme suma de capital extranjero y nacional invertido en la exploración y explotación de sus inmensos recursos naturales y dos generaciones educadas dentro de las provechosas prácticas del amor al trabajo y del amor a la paz, está consolidado para siempre. Posee riquezas que cuidar y aumentar; bienestar que conservar, y no atentará, en un raptó de inconcebible locura a destruir o menoscabar lo que se ha obtenido a costa de tanto afán y sacrificio.

—En tales condiciones de avance, el Presidente ha puesto mano a la segunda parte de su obra, a la evolución política. La Nación está completa, había que completar la República.

—A ello han tendido todos sus últimos pasos, y sus intenciones futuras, están bien delineadas.

“Vería con gusto que en la República surgiera un partido independiente—ha dicho el General Díaz, según Creelman.—Si apareciera, le miraría como una bendición, y no como un mal. Y si fuera capaz de desarrollar

poder bastante para gobernar y no para explotar, me pondría de su lado, le ayudaría, le aconsejaría, y me olvidaría de mí mismo en la inauguración feliz de un gobierno completamente democrático para mi Patria."

"He creído y creo aún en los principios democráticos, aunque las condiciones me han impelido a usar severas medidas para asegurar la paz y el desarrollo que debe preceder necesariamente al Gobierno democrático. Meras teorías políticas, no crearán nunca una nación libre."

"La experiencia me ha convencido de que un gobierno progresista, debe tratar de satisfacer las ambiciones individuales, tanto como sea posible; pero de que al mismo tiempo, debe poseer un extinguidor para usarlo sabia y firmemente cuando la ambición personal arde con demasiada viveza, con peligro para el bienestar común."

—Y bien, cuando no es dable contar con la dirección del General Díaz en los momentos más necesarios de ella, para que quede su obra coronada, ¿hemos de prescindir de esa dirección, sabiendo, como sabemos, que al pronunciarse la opinión pública para que siga al frente de los destinos nacionales, él atenderá los sufragios del pueblo?

—¿Vamos a dejar que se retire el estadista prudente y sabio, cuando además de podernos ofrecer una Nación fuerte y rica, nos la puede legar democrática, completa y firmemente consolidada?

—¿Vamos a permitir que se separe de la nave el hábil timonel, que la ha hecho cruzar a salvo todo un océano turbulento, cuando poco nos falta para llegar al puerto?

—No, amigo Barrón, me dijo el General Reyes, de-

teniéndose y agregando en un tono profundo y sentencioso: "el deber de todo buen mexicano, estriba en convencer al General Díaz de que debe aceptar su elección para un nuevo período presidencial, y esa obligación tenemos que cumplirla."

—Sabe usted mi General, agregué en seguida, que hay quienes creen o suponen al menos, que si usted sobrevive al señor General Díaz aprovechará su prestigio como militar y gobernante, para promover una revolución y adueñarse por la violencia del poder supremo?

El General Reyes al escuchar mis palabras, se detuvo bruscamente, como impelido por un resorte: su cuerpo se irguió, asumiendo la actitud marcial que distingue al bravo militar; la sangre afluyó a su rostro, dándole un marcado color rosado, rasgo característico en él, cuando habla a impulsos de un vivo sentimiento; sus ojos, generalmente de una expresión suave y afectuosa, brillaron con fulgor intenso, en el que podían leerse al mismo tiempo, el ardor, la indignación y el fuego del patriotismo.

—Tal suposición, me replicó vivamente, es una insensatez en quienes no me conocen, y una malignidad inicial en quienes conocen mi manera de ser, y los inmaculados antecedentes de toda mi vida militar.

—Desde que ingresé al ejército nunca he desenvainado mi espada sino en defensa de mi Patria y de sus instituciones. Fuí a la guerra desde adolescente a pelear contra la agresión injusta de un enemigo extranjero, y derramé mi sangre en las luchas por la independencia de la República, como lo hice después, también peleando con todo el valor de que soy capaz, en defensa del gobierno constituido y aceptado por la Nación; y si en